

corros de viudas; seis mil doscientos en donativos á los presos de la Carcel real y se.s mil á las casa de recogidas, en anualidades de trecientos pesos; (1) así es que con mucha justicia decía un notable escritor, en un periódico científico y literario de Campeche: "La viuda lo vió sustituir al esposo que lloraba y dar á sus abandonados hijos la subsistencia y la educación; el huérfano no extrañó con él ni las caricias ni los cuidados paternales; y el desgraciado á quien en un evento imprevisto puso al borde de la miseria y del oprobio, después de haber sufrido la estéril compasión del poderoso, halló un hombre que le conservara su reputación y su subsistencia, sin pensar siquiera en la gratitud debida á sus beneficios".(2)

No se olvidó siquiera de compensar á la Iglesia de Yucatán los gastos que había hecho en proporcionarle el viaje á este país y en dotarlo de algunos objetos necesarios para su dignidad, y por tal causa le hizo donación de diez mil pesos; (3) como tampoco se olvidó de manifestar su reconocimiento, ya á los dos religiosos dominicos que trajo de España, á quienes legó cuatro mil pesos para los gastos de regreso á su patria, [4] ya al rey que lo había sacado del claustro, asignando á su hijo el Príncipe de Sajonia, una renta de cuatro mil pesos que pagó, durante veinte años, con toda puntualidad.

La orden de Carlos II^a, fundada con el fin de defender el dogma de la Inmaculada Concepción, mereció por eso las simpatías del bienhechor de Guadalupe, y le cedió catorce mil pesos.

Por último, hasta los objetos de policía merecieron también su atención, y en diversas partidas gastó como once mil pesos en composición de calles y caminos. (5)

Por desgracia, los años, por más que respetaran aquel organismo delicado, no habían pasado en balde, y si su espíritu se

- [1] Extracto de las donaciones, etc.
 [2] J. Sierra, "El Registro Yucateco."
 [3] Escritura.
 [4] Id
 [5] Extracto de las donaciones, etc.

mostraba cada día más robusto por las brillantísimas prendas que lo adornaban, su cuerpo se debilitaba más y más. Amargó también á Su Ilustrísima en sus últimos días, el pesar grandísimo de ver morir á Fr. Rodrigo Alonso, dominico como él, que le servía de confesor, que lo había acompañado sin cesar desde que abandonó España, para venir á América, y á quien profesaba entrañable cariño. (1)

Comprendiendo que su fin en la tierra se acercaba, se preparó á recibir la muerte con la resignación y la entereza propias del verdadero justo. El día 21 de Julio recibió los sacramentos de la Iglesia, [2] y agravándose constantemente, se halló por varios días rodeado del cabildo metropolitano y acompañado de su fidelísimo amigo y mayordomo Fr. Agustín Soto: creyó el ilustre paciente que descansaría de sus penalidades el día 4, por ser la fiesta del gran santo español, y como sobreviviese á tal fecha, se acordó que el predicador del Langüedoc había muerto el 6. En medio de las oraciones y del llanto de cuantos lo rodeaban, el Ilustrísimo Sr. D. Fr. ANTONIO ALCALDE á las cuatro de la mañana del martes siete de agosto de 1792, alzó las manos al cielo, balbutió una plegaria y entregó á Dios su espíritu, á la edad de noventa y un años, cuatro meses y veintidos días. (3)

* * *

La campana mayor de la catedral anunció á la ciudad una hora después, que ya no existía el vigésimo tercero y más ilustre de sus obispos, repitiendo el lúgubre toque de vacante cada cuarto de hora, hasta contar al día siguiente el número de cien campanadas, en cuyo instante resonó un doble general en todas las iglesias, por espacio de una hora. [4]

Erigióse en capilla ardiente el salón principal del palacio episcopal, se embalsamó en la noche del 7 el cadáver (5) que reves-

- (1) Informe de C. Negrete.
 (2) Libro de actas capitulares, núm. 21, pag. 220.
 (3) Gazeta de México, vol. 5.º, núm. 16, de 21 de Agosto de 1792.
 (4) Id. id. id. id.
 (5) El corazón se conserva en el convento de Capuchinas y la lengua en el de Sta. Teresa.

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

tido con las insignias pontificales, se expuso el día 8 á la veneración pública, bajo un rico dosel de terciopelo y oro, sobre cojines iguales; se levantaron cuatro altares en los costados del salón, en los cuales constantemente se estuvo celebrando el sacrificio de la misa, y turnáronse una tras otra las diversas comunidades religiosas para cantar cada una su oficio y misa de requiem.

Inmenso gentío llenaba los espaciosos corredores y salones del edificio, oíanse los gemidos de tantos desgraciados que se sentían huérfanos, y el llanto llegó á correr por el suelo del lugar que servía de último asilo, al que derramara tantos beneficios. Aquel triste suceso fué una verdadera calamidad pública.

Repitiéronse los sufragios el día 9 por la mañana, y en la tarde á las cuatro, después de terminar el cabildo metropolitano el oficio de difuntos, se ordenó la translación de aquellos venerables despojos de la muerte, que estaban colocados en un rico féretro de terciopelo negro, del palacio episcopal á la iglesia del Santuario de Guadalupe, donde quiso descansar para siempre, según lo expresó en su última voluntad.

La comitiva se dirigió por la calle que lleva el nombre de Sto. Domingo, (1) y se formaba de las cofradías que iban abriendo la marcha; seguían con sus estandartes y cruces las Terceras Ordenes de Sto. Domingo y S. Francisco, llevando todos sus individuos vela en mano; iban á continuación las comunidades de Belén, San Juan de Dios, la Merced, el Carmen, S. Agustín, S. Francisco y Sto. Domingo; seguía el Seminario Conciliar, arrastrando becas, con su rector y catedráticos con hábitos de bayeta; luego el clero de la diócesis de sobrepelliz y los oficiales y numerosos empleados de la Curia, y á continuación el coro de la catedral, llevando el Dean y el Chantre la mitra y el báculo episcopal; en el lugar inmediato siguiente llevaban los canónigos en hombros el cadáver, alternándose con las comunidades religiosas. Por detrás iban el M. I. Ayuntamiento, precedido de mazas enlutadas, y seguido de las personas prominen-

(1) Denominada desde el día del Centenario "Avenida Alcalde."

tes de las diversas clases sociales; seguían los ministros de la Real Hacienda y la Audiencia presidida por el Oidor decano, todos con hachas encendidas, yendo á continuación las milicias provinciales, con cajas y armas á la funerala, cerrando el cortejo la estufa del ilustre difunto, convenientemente enlutada, y tirada por cuatro caballos negros llevados por palafreneros.

Todas las calles paralelas veíanse llenas de dolientes, que con verdadero pesar tributaban un último homenaje de estimación al anciano respetable que bajaba á la tumba en medio del llanto de su grey. La avenida por donde se dirigía la comitiva estaba toda cubierta de cortinajes negros, lazos de crespón y dísticos y frases encomiásticas que hacían justicia á su mérito excepcional. A cada dos cuadras estaban dispuestas camas con vestiduras de seda y rodeadas de doce blandones cada una, para que allí se detuviese el cortejo, se colocara el féretro y se entonase un responso; y cuando llegó á la plazuela espaciosa del Santuario, estaba enteramente ocupada por el pueblo, que guardaba un continente doloroso. (1)

Una vez en la iglesia, se cantó el oficio de difuntos y se dió sepultura á aquel despojo, que poco antes animara uno de los espíritus más grandes de santidad, colocándolo entre la pared del presbiterio al lado del Evangelio, en el lugar en que se puso muy pocos días después y se conserva todavía una estatua del Sr. Obispo, representándolo arrodillado adorando á la V. Santísima.

Las honras fúnebres se celebraron en Catedral en los días 9 y 10 de Noviembre siguiente, con la mayor solemnidad, predicando el sermón castellano el Sr. Tesorero Dr. D. Juan José Moreno, y la oración latina el Sr. Prebendado Marqués de Pánuco, Dr. D. J. Apolinario Vizcarra. En todos los curatos se hizo lo mismo, y la Nueva Galicia entera se llenó de luto por la pérdida de aquel singular prelado.

La muerte del Sr. ALCALDE vino á comprobar la santidad de su vida: se le había visto levantar suntuosos templos, criar escuelas, fundar espléndidos hospitales y derramar tesoros in-

[1] Gazeta de México, vol. 5^o, núm. 16.

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

mentos en limosnas; pero ni se conocía su importancia, porque él cuidaba bien de ocultarla, ni se observaba todo su conjunto, ni mucho menos se tenía noticia precisa de los recursos que se reservaba.

La Ordenanza de Intendentes formada y puesta en vigor muy poco hacía por el entendido Marqués de Sonora, señalaba una intervención directa de los ministros de la Real Hacienda y de los fiscales del rey en las testamentarias de los obispos, á fin de cuidar del legítimo empleo de sus expolios, de manera que tan luego como ocurrió el fallecimiento del diocesano neogallego, se encargó de intervenir aquella herencia el Sr. D. Manuel del Castillo Negrete, quien presentó á la Audiencia su dictamen con fecha 15 de Septiembre de 1792. (1)

De esa intervención resultó plenamente acreditado, que de los muebles del palacio episcopal, que no eran propiedad del obispo sino de la iglesia, la mayor parte se habían consumido en el servicio de veinte años, sin que los hiciera reponer, y sólo había dejado aquel insigne amante de la pobreza voluntaria, como objetos de su propiedad, un coche usadísimo, que lo legaba á la parroquia de Mexicaltzingo, unas cuantas piezas de servicio de altar, un breviario, dos misales del rito dominicano, uno muzárabe, un canon para misa, y unas cuantas prendas de ropa y utensilios que importaron en su totalidad la miserable suma de DOSCIENTOS SESENTA Y SIETE PESOS, DOS REALES. [2]

En cambio, se encontró un extracto de las donaciones, limosnas y obras pías, que arroja la cantidad de UN MILLON NOVENTA Y SIETE MIL TRESCIENTOS VEINTE PESOS. (3)

Así el humildísimo discípulo de Cristo que nada se reservaba, que vivió y murió tan pobremente, había sin embargo empleado cerca de cuatrocientos mil pesos en edificar templos sun-

(1) Gazeta de México, vol. 5^o, núm. 23, de 27 de novbre. de 1792.

(2) Id. id. id. id. id.

[3] Extracto de las donaciones, limosnas, etc.

tuosos; sesenta y tres mil en fundaciones piadosas; doscientos setenta mil en hospitales; ciento ochenta mil en la Instrucción pública; sesenta y cinco mil en limosnas á viudas y menesterosos; noventa y cuatro mil en donativos á la familia real; doce mil trescientos en socorrer á los presos; doce mil en diversas mejoras y once mil en reparar calles y caminos. [1]

Por eso, cuando se inició el pensamiento de que cada Estado de la República enviase al paseo de la Reforma en México, dos estatuas en bronce, de los más insignes personajes, el Sr. Gobernador General D. Ramón Corona designó al punto la del Sr. ALCALDE, y cuando se le opuso para contrariar su intento la circunstancia de que no había nacido en este suelo, sintióse verdaderamente contristado, diciendo que aquel grande hombre no sólo debería considerarse como hijo de Jalisco, sino que era una de sus glorias más legítimas, porque le había consagrado su existencia y sus recursos, lo había despertado á la vida intelectual, lo había dotado del mejor establecimiento de beneficencia, había pasado más de veinte años sin otro pensamiento que el de hacerle bien, y reposa bajo su suelo.

Hemos dicho que nadie mejor que Su Ilustrísima era capaz de juzgar la santidad del Padre Margil, y ahora afirmamos que nadie tampoco más competente para reconocer el amor á Jalisco, el amor patrio, ese fuego sacrosanto que eleva al hombre por encima del egoísmo, hasta las más sublimes acciones, que ennoblece cuanto inspira, que el Gran Jalisciense que tanto supo amar al país que lo vió nacer.

Tan eminente obispo, al romper las ligas materiales que retenían tanta grandeza, tanto amor, tanta bondad, no ha ido á confundirse en el soplo de la creación en un sistema panteísta, ni se ha perdido tampoco en las inmensidades de la historia. Para él, que siempre tuvo fija su mirada en Dios, que consideró siempre esta estancia de miserias como un tránsito, que se iluminó con los vivísimos destellos de la fé más pura; para él la muerte fué la vida, porque ella no hizo otra cosa que franquear-

[1] Extracto de las donaciones, etc.

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

le el paso á una eternidad en que su espíritu individualizado disfrutase de la visión divina; para él, que coronaba triunfalmente su existencia sin mancha, al entregar su espíritu, se le abrían las puertas de la inmortalidad y de la gratitud póstuma.

La figura histórica del Sr. ALCALDE no pertenece á los dominios estrechos de ningún partido; que las banderías resientense siempre de desconsolador exclusivismo, de mortal intolerancia, de pequeñez en sus miras, si se comparan con la universalidad de las ideas, con la grandeza de la humanidad, con lo infinito del amor y con lo sublime de la caridad que en cada criatura permite reconocer parentesco estrechísimo, lo mismo con el café y el mogol que llevan una alma cual la nuestra, que con las aves que hienden los aires; de igual suerte que con los campos que producen los granos, que con el agua que los rocía, porque en todo contempla la obra de un Gran Ser.

Vivió el Sr. ALCALDE en época de depresión intelectual, y á su empuje brotó la alborada científica y literaria de Jalisco; hoy mismo lo miramos á través de un siglo entero, y examinando sus obras observamos con sorpresa, que son dignas de nuestra futura generación; perteneció á una orden religiosa en momentos en que entraba en ella, como en todas, la descomposición, y se remontó entonces á sus orígenes huyendo de los elementos corruptores. El genio de las sociedades va operando los cambios consiguientes á sus aspiraciones y á sus necesidades, transformando las instituciones en provecho del progreso y de la civilización, unas veces lentamente asimilándose desde luego todos los materiales que encuentra á su paso esparcidos por diversas partes, y otras derrocando con furia cuanto se opone á su avance, como el huracán que destroza los bosques desarraigando los más corpulentos árboles.

La sociedad moderna eminentemente civil, se levanta sobre la sociedad teocrática, y en esta evolución imaginóse que le era necesario separarse y desasirse de todas las órdenes monásticas para fundar su libertad, como las monarquías se habían dese-

cho de los templarios y de los jesuitas para sistemar su autoridad. [1]

Pudo el espíritu de la época sacudir edificio que contaba con tan profundos cimientos, merced á la desmoralización introducida poco á poco y que se hallaba latente en los conventos; pero esa corrupción que todo lo invadía, no pudo llegar hasta inocular la grande alma del "fraile de la calavera." Aquel espíritu de virtud y de nobleza se sobreponía á cuanta miseria le rodeara, siquiera fuese en virtud misma de las leyes biológicas y como consecuencia del medio ambiente en que se hallaba. Por esto es digno de notar y merece los más calurosos elogios la flexibilidad con que buscaba el bien en todas partes y en todos tiempos: el Sr. ALCALDE en alas del progreso, se anticipaba al siglo XIX y volaba hácia un porvenir más culto, buscando la luz para las inteligencias, la instrucción para el pueblo, á la vez que huyendo de cuanto pudiera manchar su alma. En periodo tan propenso al relajamiento de las buenas costumbres, se remontaba con toda su energía á las pasadas edades en solicitud de aquella santidad á que dieran origen así la reacción predicada elocuentemente por el Abad del Cister, como los ejemplos de San Francisco y de Sto. Domingo, á la manera de esos robustos cedros que al mismo tiempo que van hasta las nubes á robar la humedad de la atmósfera con su follaje, bajan á las entrañas oscuras de la tierra á chuparle con sus raíces el jugo vivificador!

De esa suerte ni se nubló su inteligencia con la obscuridad del siglo XVIII en Nueva España, ni llegó á enturbiar su corazón la manchada corte de Carlos IV, cuyos albores alcanzó.

Nunca, ni como obispo ni como fraile, se transformó de redentor en redimido, como ha pasado á los reyes, á las órdenes monásticas, á las universidades, y en general, á cuantas humanas instituciones se mantienen en desequilibrio con los elementos que las rodean, por más que á ellas se les hayan debido grandes servicios en el pasado.

(1) Castelar, Perfiles.

GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.

El Sr. ALCALDE en su vida privada fué un santo; en su ministerio episcopal un verdadero apóstol; en sus relaciones sociales un amigo de cuantos se le acercaran, y un padre amantísimo de todos los desvalidos; y supo conservar hasta su muerte el alto puesto de evangelizador sincero; de redentor de todas las miserias humanas, de humilde religioso, de benefactor insigne de los pueblos que gobernaba. Su noble alma no tenía esa sublimidad propia de las tempestades, del oleage del oceano enfurecido, ni del luminar del día; sino más bien esa belleza incomparable de la luz de la luna, de los lagos azules, de los contornos suaves y graciosos; por eso jamás se le vió envuelto como á San Bernardo en lucha titánica, ni asumió nunca el carácter de reformador, ni tuvieron eco en su corazón los huracanes de la vida, ni su palabra resonó con la impetuosidad del rayo; sino que, obrando siempre en armonía con su carácter, dedicóse á lo bello, á lo tierno, á lo dulce, á lo más suave á que puede entregarse alma alguna. Así encontró satisfacción inmensa en que el niño balbutiese las primeras letras del alfabeto; en que la virgen elevase una plegaria á Dios; en que el hambriento satisficiese su necesidad; y en los esplendores del culto: que en las almas sensibles la imaginación vuela á donde acaso la razón no alcanza.

Todo esto suele parecer á primera vista menos grande, porque la fantasía nos lleva á regiones ideales; pero es incomparablemente más humano, más provechoso, más seguro y aun más plausible, porque significa mayor abnegación, en virtud de que en esa tarea que tan humilde parece, no entra para nada el amor á la recompensa ó al renombre, que es en la generalidad proporcional á los sacudimientos sociales y al brillo de los que los causan. Feliz el que como el Sr. ALCALDE, desoyendo el reclamo de los poderosos y menospreciando los alhagos de la fortuna, pone sus ojos en Dios, su corazón en la humanidad entera, y se alza en alas de su genio, superior á cuanto lo rodea, á buscar la fuente de todo bien en los esplendores del cielo!

Un siglo entero ha pasado desde que acaeció su muerte, y lejos de empañarse su gloria ó de entibiarse su recuerdo, vive en el corazón de todos los jaliscienses: levantó monumentos soberbios que trasmitirán su bendecido nombre á las generaciones futuras; pero la tradición de sus singulares virtudes sobrevivirá aún á tan grandiosas obras materiales, porque la gratitud de un pueblo no se extingue, y es imperecedera la memoria del justo.



GUADALAJARA.

TIPOGRAFIA DE DIONISIO RODRIGUEZ.

Calle de Santo Domingo núm. 13.

1875.